

riendo de buena gana y libre por un instante de sus penas. ¡Dejaran de ser hijas de Eva!

—Sí, papá, replicaban en coro las dos amigas; pero ahora nos lo va usted á contar.

—Bueno, ya que ustedes lo quieren, van á saberlo.

Pero como al rasgueo de la guitarra y al halago del dulce canto, iban saliendo por todas las puertas de los dormitorios y arcos del corredor los cuitados habitantes del departamento, no le era dable á don Sabas entrar en materia, á pesar de sentirse ya muy lanzado; y decía con voz recatada:

—Viene gente; ahora no podrá ser.

—Pero ¿nos promete contárnoslo otra ocasión? interrogaban las jóvenes.

—Lo prometo.

—¿Palabra?

—Palabra y fe de notario, concluía don Sabas (que no logró nunca acabar de referir su aventura), con la solemne gravedad de un tabelión engréido con sus títulos.

Y como la muchedumbre se aglomeraba en torno de la banqueta pidiendo canto y guitarra, no había más remedio que darle gusto; así que la ciega con el mejor talante del mundo, soltaba el trapo á la garganta y á la mano, espigando aquí y allá en su abundante repertorio; y mien-

tras cantaba, no la perdía de vista José, que era el primero en acudir al reclamo de la música. Y como Virginia, aunque no le miraba, le sentía cerca, se dirigía á él invariablemente al concluir cada canción, diciéndole:

—¿Qué te parece ésta, José? ¿Te gusta? ¿ó prefieres otra?

—Todas las que cantas me agradan, ya lo sabes; pues lo que me encanta es tu voz, contestaba el carpintero. Sigue, sigue cantando.

Virginia sonreía satisfecha al oírle, y continuaba gorgeando por largo tiempo como una avechilla del bosque.

VI

El "Stabat Mater"

Quiso celebrar sor Ignacia el Viernes de Dolores del siguiente año con una solemne función nocturna, en la cual tomasen parte los más aventajados alumnos y alumnas del establecimiento, tanto con fines religiosos como para acreditar la buena enseñanza del Hospicio. Consultado sobre el particular don Teodomiro, opinó debía cantarse el "Stabat Mater" de Rossini, por ser pieza perfectamente adecuada al día, sumamente hermosa, y

susceptible de gran desarrollo vocal é instrumental; por lo que la superiora, aceptando la indicación, dió luego traza á ponerla por obra.

Como la partitura requiere, amén del coro, dos sopranos, un tenor y un bajo, dispuso don Teodomiro que dos pianos y una orquesta numerosa sirviesen á las voces de apoyo y acompañamiento; de lo cual resultó un mundo de menesteres y exigencias de tal modo complicado, que para dar fin y remate á tan vasto proyecto, fué preciso echar mano de todos los elementos artísticos conocidos en Fópoli, tanto en la línea de cántantes como en la de músicos. Gómez y Pérez tomó por su cuenta asegurar la cooperación de los cantantes varones y los instrumentistas más acreditados del lugar, y sor Ignacia, apelando á sus buenas relaciones sociales y á las discípulas más distinguidas del Colegio, antiguas ó modernas, echó sobre sí el compromiso de procurar buenas cantantes. Para llevar á feliz término lo ofrecido, pasó recado la madre á varias jóvenes ex-alumnas del Hospicio, rogándoles se sirviesen tomar parte en la fiesta, y entre otras, á las señoritas "de" Dena, quienes se prestaron de buen grado á comunicar el esplendor de sus magníficas personas á tan solemne acto.

Joaquín figuró como oboísta en el grupo de los filarmónicos más distinguidos,

ó "profesores," como enfáticamente les llamaba don Teodomiro; y por lo que hace á Julio y Gustavo, fácil les fué hacerse aceptar también como instrumentistas, pues, además de ser "dilettanti" de talento, contaban con la recomendación de las señoritas Denas. Con esto, tuvieron cien oportunidades de ver el uno á Berta y el otro á Paulina, pues, para ensayar debidamente la obra y ponerla en estado presentable, se reunían los artistas casi todas las noches, bajo la entusiasta dirección de don Teodomiro, quien todo lo ordenaba y disciplinaba con potentes voces y nerviosa batuta. Con aquella ocasión, se charlaba, bromeaba y pasaba el tiempo con agrado. Socorro, Consuelo, Berta, Paulina, los alemanes y Prudenciano, se encontraban frecuentemente reunidos y cara á cara, resultando de su contacto, ya satisfacción para los unos, ya despecho para los otros. Berta, recatada y tímida, apenas daba á conocer su inclinación hacia Julio, y éste, respetando su modestia, se limitaba á mirarla á hurtadillas y á tratarla con exquisita finura cuando le hablaba; pero las Denas, que no les quitaban la vista de encima, sorprendieron algunas miradas de semi-inteligencia entre ellos. Por fortuna, la presencia é intervención de sor Ignacia, que estaba advertida de todo, evitó choques y rozamientos desagradables, y pu-

dieron pasar los sucesos en paz relativa y sin dar lugar á notorios disgustos.

Sólo Paulina solía alborotar la reunión de tiempo en tiempo, con sus ligerezas y travesuras, pues, aunque se inclinaba visiblemente á favor de Gustavo, no dejaba por eso de hacer ojos tiernos á Prudenciano, y esto, visto y observado por las "de" Dena y otras personas, dió causa á no pocas pullas, indirectas, escándalos y comentarios. Y como la joven carecía de prudencia y no se curaba de nada, porque para ella nada había temible ni comprometedor, acabaron Gustavo y Prudenciano por echar de ver que ella los tenía como en una balanza de favor y disfavor, y sube y baja, lo cual los llevó á tomarse una ojeriza y una inquina muy hondas. Observado el conflicto por Paulina, no pareció apesadumbrarse por ello, sino antes bien, divertirse grandemente, pues su conducta toda entera, tenía por objeto palpable poner frente á frente á aquellos sus adoradores, para divertirse con sus celos, reírse de sus rabietas y gozar con el espectáculo de su rivalidad. Aquellas intriguillas, comedias y sainetes, concluyeron sólo con los ensayos.

Llegó por fin la fecha fijada para el concierto. La clase de música apareció aquella noche profusamente iluminada con aparatos de gas suspendidos del techo, y velas de esperma colocadas en candelabros murales.

Uno de los extremos del salón fué destinado al grupo de los artistas, y en él se colocaron dos magníficos pianos "Chickering," el facistol de don Teodomiro y los atriles de la orquesta; en el otro, se erigió el altar de la Dolorosa, llamado "incendio" por los vehementes fopolitanos, á causa del gran número de luces que suelen arder en el ara en tales ocasiones, semejando una conflagración por su fulgor vivísimo. Como á la mitad del muro, por el lado del altar, fué suspendido un enorme y ensangrentado Crucifijo, que producía admiración por su acabada belleza escultórica, y compasión por lo lacerado y sangriento de su bendito cuerpo; á sus plantas se colocó la escultura de la Virgen María con túnica morada y manto azul, convertido el afligido rostro á su amado Hijo, llorosos los ojos, enclavijadas las manos, y con una brillante espada de plata, cuya empuñadura cintilaba con las luces de los blandones, sumergida en el acongojado seno. La escena se destacaba sobre el fondo verde oscuro de tupidos ramajes de cedro, acomodados contra el muro para figurar un bosque. Sobre los blancos manteles del altar, candeleros y candelabros cuajados de velas encendidas, alternaban con tiestos sembrados de chíá, cebada y albahaca, y con amarillas naranjas claveteadas de banderitas de papel plateado y adornadas con

oro volador, con gran regocijo de la vista. El espacio comprendido entre el altar y la testera ocupada por la orquesta, fué destinado á la concurrencia, que en apretadas hileras de sillas, se apiñaba dando frente al "incendio;" lo que no impedía que, una vez comenzado el concierto, las miradas curiosas se volyesen con más ó menos esfuerzo hacia el lado de la música, sin miramiento al altar, á los benditos blandones y á las santas imágenes.

A la hora señalada, y en medio de la espectación general, rompió la orquesta con la introducción, siendo inmenso el efecto que produjo el "solo" coreado; y cuando las voces de las sopranos, del tenor y del bajo se elevaron diciendo:

"Stabat Mater dolorosa,
Juxta crucem lacrimosa."

hubo en el concurso algo semejante á un escalofrío de goce y emoción. La ideal belleza de la obra imperecedera de Rossini, el expresivo acento de los cantantes y la excelencia y robustez de la orquesta, formaban un conjunto magnífico; el recuerdo del lejano drama del Gólgota, y del dolor incomparable de la Virgen al pie de la Cruz, vinieron más ó menos distintos, á mezclarse con aquellas impresiones en el espíritu de los circunstantes. Y hubo en los corazones como un eco de aquellos tormentos místicos, y en las al-

mas como un aleteo dulce y poético hacia las épocas distantes del Martirio y el Amor, y hacia las plácidas regiones de la santidad infinita. Las voces, los pianos, la orquesta, todo sonaba con acuerdo admirable, patético y majestuoso; se conocía que el maestro se había esmerado cuanto le había sido dable para preparar aquel gran golpe artístico, y que todos cuantos tomaban parte en la ejecución, movidos por el estímulo, procuraban desempeñar sus papeles no sólo á conciencia, sino también con "amor." Don Teodomiro estaba como fuera de sí y transfigurado, en el centro del círculo formado por la orquesta y los cantantes. El concurso entusiasmado, prodigó elogios y aplausos sin tasa á aquel gigantesco esfuerzo, hecho á costa de inmensa labor y perseverancia, en teatro tan oscuro y destituido de recursos musicales como Fópoli; y por lo que hace á los "dilettanti," hicieron las siguientes observaciones: que había en el coro una voz un poco desafinada (sin duda la de Paulina), que el oboe (tocado por Joaquín), se destacaba con admirable maestría y dulzura sobre la masa orquestal; y que la voz más canora, patética y adorable de todas las que formaban el grupo cantante, era la de Berta.

Pasada la introducción, hubo unos momentos de descanso, que fueron aprovechados por las hermanas para distribuir

entre los invitados, obsequios de limonadas y sangrías, y dulces y pastelillos delicadamente confeccionados, todo ofrecido en limpios garrafones de cristal y plateadas salvillas de elegantísimo aspecto.

Los demás números de la partitura, siguieron así alternando con entreactos de reposo, y sabrosos refrescos, hasta que llegó el pasaje culminante:

“¡Inflamatus et accensus
Per te, Virgo, sim defensus!”

que dijo Berta en medio del silencio general. Su voz se alzó con tal vibración, tan bien timbrada y dulce, que emocionó de golpe al auditorio; y vueltos los circunstantes á la joven, quedaron como suspensos al ver tanta belleza unida á un arte tan exquisito. Parecía que un ángel cantaba los dolores de María, que una voz del cielo revelaba á los hombres los misterios de la Pasión, que un acento sobrehumano bajaba sobre la tierra para hablar de los dramas eternos. Berta interpretaba de ordinario con sentimiento propio cuanto cantaba; pero nunca como en aquella ocasión, se había sentido tan vibrante y conmovida. Era creyente, y adoraba los inefables misterios de la Redención; era mujer, y se dolía con inmensa ternura de los dolores de la Madre de Dios; era huérfana y desgraciada, y conocía á maravilla la gama de la queja y

el timbre del llanto. Su situación personal en la vida, el naciente amor que conmovía su alma, las risueñas esperanzas que le sonreían para lo porvenir y la proximidad del ser amado, habían puesto en efervescencia y conmoción todos sus nervios al par que su soñador espíritu; así que al verse ante aquel concurso selecto, secundada por una orquesta magistral é interpretando una música divina, se sintió transportada á la cúspide de su propia inspiración, y halló en su garganta acentos tan profundos é intensos, emocionados y sublimes, que no parecían salidos de labio humano. Y enardeciéndose más y más al eco de su propia voz, llegó á olvidarse de todo, de sí misma, de cuanto la rodeaba, del mundo entero, y cantó con todo el alma, con todo el corazón, como si sus pensamientos virginales y sus sentimientos purísimos se hubiesen hecho cadenciosos y sonoros en aquel punto y hora, y hubiesen lanzado al espacio su melodía soñada é ignota para encumbrarse hasta las regiones de la infinita belleza. El númen la había trasfigurado, bañando su rostro con un tinte sublime: pálida por la intensidad de la emoción, vueltos los ojos en alto y unciosa la mirada, como si orase y entreabriese el ruego sus labios, parecía una de aquellas figuras ideales que sólo ha podido producir el arte cristiano: un ángel de

Fra Angélico de Fiésolo ó un arcángel de Benozzo Gozzoli, absortos en la contemplación del Santísimo Sacramento, ó entonando las glorias del Altísimo. Estático el concurso, la oía con recogimiento, como si escuchase una palabra santa, de profetisa inspirada ó sibila agitada por el númen, y murmuraba por lo bajo:

- ¡Qué hermosa!
- ¡Maravilloso!
- ¡Una ave del paraíso!
- ¡Canta como un ángel!

Doña Anastasia y sus hijas, devoradas por una envidia sorda y mal disimulada, sufrían tormentos crueles al ver triunfar en toda la línea á aquella pobre criatura, á quien habían juzgado poco digna de consideración, é insignificante; y pensaban con despecho, que nunca ellas, á pesar de su fortuna, habían saboreado un triunfo tan legítimo ni grande como aquel. Paulina, que atizbaba descaradamente el rostro de las "de" Dena, daba al codo á sus compañeras, llamándoles la atención hacia el gesto contrariado y antipático de doña Anastasia y sus hijas, y se burlaba visiblemente de ellas para hacer más agria é intolerable su pena; en tanto que Virginia, que formaba parte del grupo cantante, derramaba lágrimas de ternura, conmovida por las excelencias de la ejecución y radiante de júbilo por el triunfo de su querida Berta. Pe-

ro en ninguno de los circunstantes repercutía tan hondamente la escena, como en Julio y Joaquín. Este, en vez de mirar el papel que tenía en el atril, no quitaba los ojos de Berta, y mientras admiraba estático el talento excepcional de su amada, sentía crecer su amargura, pensando que ella no le quería, y que tanta belleza y ternura iban á hacer la felicidad de otro corazón y de otra vida; y dominado por tan amarga impresión, sentía los ojos inundados de lágrimas y olvidaba lo que hacía y dónde estaba, para sentir únicamente su propio dolor.

Los afectos de Grimm eran de naturaleza bien diferente. Sintiéndose amado por la joven, no cabía en sí de gozo, como si hubiera sido rey de un imperio poderoso ó conquistador de inmensos dominios; pero su satisfacción iba mezclada de tristeza, pues tenía que marcharse de Fópoli al siguiente día con motivo de urgentes negocios que le llevaban á Colima. Pensaba volver pronto; pero no sabía á punto fijo en qué fecha. Así lo había dicho á la joven en carta reciente. Aquella tristeza era, pues, común á los dos enamorados, pues Berta la sentía también muy hondamente; de suerte que en su canto había hasta ese matiz de melancolía, que le daba mayor realce y misterio.

Cuando concluyó el pasaje, rompió en aplausos el delirante concurso, é hizo

grande y cariñosa ovación á la soprano; y viejos y niños, hombres y mujeres se levantaron de sus asientos y fueron por turno á felicitar á Berta, con entusiasmo cordial y sincero. Solamente doña Anastasia y sus hijas, afectando una indiferencia que no sentían, no se movieron de sus sillas, lo que fué más perceptible en Socorro y Consuelo, por hallarse próximas á Berta; pero su mala voluntad pasó inadvertida para la joven, porque en la inmensa y ruidosa oleada de tanto entusiasmo, aquellos tres corazones envidiosos no ocupaban sitio, eran tan invisibles é insignificantes como simples y miserables átomos.

Casi al final del concierto, notó sor Ignacia que Paulina faltaba en el coro, y como la conocía bien, y sabía de lo que era capaz, se alarmó por su escapatoria, y fué á buscarla por pasadizos y corredores; y efectivamente, á poco andar, y guarecidos á la sombra de una pilastra, encontró á Paulina y Prudenciano, en charla sabrosísima de amores, muy cerca el uno del otro, y estrechamente cogidos por las manos. La superiora al verlos, exclamó con acento indignado:

—¡Paulina! ¿Qué haces ahí? ¡Vuelve inmediatamente al salón!

—¿Por qué me regaña, señora? interrogó ella con descaro. ¿Qué he hecho para eso? Este señor y yo no hacía-

mos más que conversar un poquito. ¿Es pecado hablar?

—Hacías más que eso, Paulina; calla y obedece.

La joven se apartó del sitio refunfunando, é iba por el camino encogiéndose de hombros con visible malacrianza.

—Y usted, caballero, continuó la superiora, dirigiéndose á Prudenciano. ¿Por qué viene á faltar así al establecimiento?

—Señora, contestó el joven, no le he faltado en nada.

—Lo he visto con mis propios ojos.

—Se le ha figurado á usted.

—Es inútil que lo niegue; la señora doña Anastasia será informada de todo.

Y dicho esto, volvió la espalda al mozalvete.

La escena más gorda, no obstante, fué la que presenciaron doña Anastasia y su familia, cuando concluyó el concierto. Al dejar sus asientos los concurrentes y emprender la retirada, unos iban y otros venían, cruzando el salón en todos sentidos. Los artistas se mezclaron con la concurrencia y ésta invadió el sitio reservado á los músicos, con propósitos de fraternización y aplauso. Paulina y Gustavo aprovecharon aquellos momentos de confusión para escurrirse por una puerta lateral, ganar el patio de salida é internarse por las callejuelas del jardín; y allí, á la sombra de un copudo y recortado cedro, y cre-

yéndose á salvo de toda sorpresa, entraron en íntimo y animado coloquio, con gran contentamiento y solaz de sus corazones. Desgraciadamente, era tal el ruido que hacían los concurrentes al retirarse, que sofocaba los rumores próximos, y estaban ellos mismos tan embelesados con su compañía, que se olvidaron de cuanto les rodeaba. Y sucedió que doña Anastasia y sus hijos, deseosos de abreviar el camino, acertaron á cortar por el centro del jardín, en vez de seguir por los corredores, y fueron á cruzar, por desgracia, junto al escondite donde se ocultaban los enamorados; y dicen malas lenguas, que aquella respetable matrona y su linajuda familia alcanzaron á vislumbrar, en la penumbra, á Paulina y Gustavo en actitud comprometida, estrechamente enlazados, unidos los semblantes y dando y recibiendo el uno del otro, tiernos, prolongados y multiplicados ósculos. ¿Quién podría pintar la santa indignación de la pudibunda matrona en presencia de escena tan poco edificante? ¿Quién describir la ira de Socorro ante aquella prueba patente de la infidelidad de Gustavo y del triunfo de su rival? ¿Cómo encarecer la repugnancia de Consuelo ante conducta tan baja y descocada? Pero todo fué nada, comparado con la cólera de Prudenciano. ¿Era posible? La misma Paulina, que había acabado de burlar la vigi-

lancia de las hermanas, para celebrar con él un diálogo á hurtadillas, y de permitirle que le estrechase tenazmente las manos, era capaz de lanzarse á extremos tan inauditos como aquellos con otro barbudo? Las ideas del joven se confundían y su despecho no conoció límites. De favor á favor, era mayor, mucho mayor el otorgado á Gustavo.

—¡Descocada! exclamó doña Anastasia, apresurando el paso para alejarse de aquella escena de horror.

—¡Indecente! gruñó Socorro apretando los dientes y los puños.

—¡Sinvergüenza! insistió la señora "de" Dena con amargo sarcasmo, dirigiéndose á su hijo. ¡Qué buen ojo y juicio has tenido para elegir novia!

—Mamá, mamá, exclamó Prudenciano exasperado. No me diga usted nada ahora, porque estoy que se me pueden tostar habas.

—Pues si no ahora, ¿cuándo te lo he de decir? Es la ocasión oportuna.

—Es la peor de todas, porque no puedo, ni quiero oír nada; no sé lo que me pasa.

—¡Pues te lo he de decir, te lo he de decir, aunque no quieras, exclamó la señora.

—¡Que nó!

—¡Que sí!

Prudenciano no quiso oír más; sino

que, soltando el brazo de la madre, dejó solas á las tres mujeres y corrió desafiado por medio del gentío.

—Mamá, dijo Consuelo, valía más que no le hubieras dicho nada todavía. ¿A dónde se habrá ido?

—¡Déjalo! repuso doña Anastasia queriendo dárse serenidad á sí misma; ya parecerá.

Y siguiendo hasta la calle, montaron en el carruaje ella y sus hijas, y se marcharon á su casa.

Aún no acababa de desbandarse el concurso, cuando se oyeron gritos, interjecciones y carreras en el pórtico. La multitud alarmada, corría en todas direcciones, y en medio de chillidos de susto y palabras soeces que salían de lo más apretado de los grupos, sonaban exclamaciones de:

—¡Policía! ¡policía!

A los gritos y escándalo, salió Estéfana á ver lo que pasaba, y á la escasa luz del farol que pendía del techo del peristilo, vió á Prudenciano y Gustavo comprometidos en un duelo descomunal de pugilato, dando y recibiendo fuertes puñetazos en pecho y rostro, y persiguiéndose á coces por en medio de los espectadores, que pugnaban por separarlos. Los combatientes acompañaban sus golpes con altos y ordinarios denuestos, y se embestían tan de cerca y con tanto cora-

je, que no permitían á los circunstantes establecer entre ellos una tregua de Dios. Tal era la fisonomía del combate cuando llegó el sereno del punto, atraído por el escándalo; el cual personaje, enfocando sobre el grupo la linterna de hoja de lata y opaco vidrio que en la siniestra mano tenía, bañó de luz los rostros de los atletas, y los vió magullados, desfigurados y sangrando por nariz y boca.

—¡Quietos, señores, les dijo, ¡quietos! Soy el sereno.

Pero como ellos, ciegos de rabia, continuaban dándose mojicones, levantó la gruesa lanza que en la mano derecha blandía, y les aplicó con la contera dos recios golpes, uno á cada uno, en sitios y lugares que no pueden nombrarse, lo cual fué hecho con tan buen resultado, que en el acto cesó la contienda, y ambos adversarios se pusieron en pie, sumisos y obedientes á tan elocuente intimación.

—¡Vamos, caminen por ay! ordenó imperioso el guardián del orden.

Y el drama concluyó en la Comisaría con una buena desvelada y una multa mucho mejor.